

tea y me miró un momento mientras atravesaba la pradera. Cuando estuve en el camino de Frapesle, vi todo su traje blanco iluminado por la luna, y algunos momentos después brilló una luz en su cuarto.

—¡Ah, Enriqueta!—exclamé—¡para ti el amor más puro que haya existido jamás en la tierra!

Llegué á Frapesle volviéndome á cada paso. Sentía en mí un contento desconocido é inefable. Una brillante carrera se abría en fin á la ternura de que está lleno todo corazón joven y que hasta entonces había sido en mí una fuerza inerte. Semejante al sacerdote que con un solo paso entra en una vida nueva, yo estaba consagrado. Un simple *¡sí, señora!* me había comprometido á guardar para mí solo en el fondo de mi corazón un amor irresistible, á no abusar de la amistad para llevarla poco á poco al amor. Todos los sentimientos nobles despertados hacían oír en mí sus voces confusas, y antes de encerrarme en la estrechura de mi cuarto, quise gozar aún de aquel cielo azul sembrado de estrellas, oír en mi alma aquellos arrullos de paloma querida, y reunir en el aire todos los efluvios de aquella alma para aspirarlos como el perfume de una flor. ¡Cuán grande me parecía aquella mujer, con su profundo olvido de sí misma, con su religión por los seres débiles ó heridos por el dolor, con su adhesión superior á los vínculos legales! ¡Allí estaba, severa y tranquila, sobre la pira del martirio y de la santidad! Admiraba su hermoso rostro, que se me aparecía en medio de las tinieblas, cuando de pronto creí encontrar á sus palabras un sentido, una significación misteriosa, que la sublimó más y más. ¿Quería tal vez que yo fuese para ella lo

que ella era para su familia? ¿Sacar de mí su fuerza y sus consuelos, colocándome así en su esfera, á su nivel, ó más alto aún? Los astros, según dicen algunos atrevidos constructores de mundos, se comunican así el movimiento y la luz. Este pensamiento me elevó de pronto á las alturas etéreas; me remonté al cielo de mis antiguos sueños, y me expliqué las penas de mi infancia por la felicidad inmensa en que nadaba.

Santas Clarisas Harlowe ignoradas, genios extinguidos en las lágrimas, corazones desconocidos, hijos abandonados, proscritos inocentes; vosotros todos los que habéis encontrado por todas partes rostros indiferentes, corazones fríos, oídos cerrados, ¡no os quejéis! Sólo vosotros podéis conocer lo infinito de la alegría en el momento en que un corazón os ama, en que un oído os escucha, en que una mirada os responde! ¡Un día feliz borra todos los días desgraciados! Los dolores, las meditaciones, la desesperación, las melancolías pasadas y no olvidadas, son otros tantos lazos que os unen el alma con alma confidente. Embellecida por nuestros reprimidos deseos, una mujer recoge entonces sus suspiros y sus amores perdidos, nos restituye engrandecidas todas las afecciones engañadas, y explica los anteriores pesares como la compensación exigida por el destino en cambio de los desposorios del alma. Sólo los ángeles dicen el nuevo nombre que debe llevar su santo amor, del mismo modo que sólo vosotros, mártires queridos, podéis saber lo que la señora de Mortsaufl había llegado á ser para mí.

Esta escena había pasado un martes, y esperé hasta el domingo sin atravesar el Indre en mis paseos. Du-

rante estos cinco días, grandes acontecimientos ocurrieron en Clochegourde. El conde recibió el despacho de mariscal de campo, la cruz de San Luis y una pensión de cuatro mil francos. El duque de Lenoncourt-Givry, nombrado par de Francia, recobró dos magníficos bosques, volvió á su puesto en la corte, y su mujer entró en posesión de sus bienes no vendidos que habían formado parte del dominio de la corona imperial. La condesa de Mortsauf venía á ser, pues, una de las herederas más ricas del Maine. Su madre había venido á traerle cien mil francos economizados sobre las rentas de Givry, cantidad á que ascendía su dote, que aun no había sido pagada, y de la cual el conde no hablaba jamás, á pesar de sus apuros, porque en lo relativo á la vida exterior, la conducta de este hombre demostraba el más altivo desinterés. Uniendo á esta suma sus economías, el conde podía comprar dos posesiones vecinas que producían cerca de nueve mil libras anuales de renta. Debiendo su hijo suceder en el cargo de par de Francia á su abuelo, preciso era constituirle un mayorazgo, que se compondría de la fortuna territorial de las dos familias, sin cuidarse de Magdalena, la cual, mediante la influencia y el favor de su abuelo, podría sin duda hacer un buen matrimonio. Estos arreglos y esta felicidad aliviaron en cierto modo los dolores del emigrado. La llegada de la duquesa de Lenoncourt á Clochegourde fué un verdadero acontecimiento para el país. Pensé dolorosamente que aquella mujer era una gran dama, y advertí entonces en su hija el espíritu de raza, velado á mis ojos por la nobleza de sus sentimientos. ¿Quién era yo, pobre y sin otro porvenir que mi valor

mis facultades? No pensé en las consecuencias de la Restauración, ni para mí ni para los otros. El domingo, en la iglesia, desde la capilla reservada en que me hallaba con la señora de Chessel y el abate de Quelús, mis miradas se dirigieron ávidamente á otra capilla lateral, en la que estaban la duquesa y su hija, el conde y sus hijos. El sombrero de paja que me ocultaba á mi ídolo no se movió, y este olvido de mí pareció enlazarme con ella más vivamente que todo el pasado. Aquella hermosa Enriqueta de Lenoncourt, que era ya mi querida Enriqueta, y cuya vida quería hacer dichosa, rogaba con ardor, y la fe comunicaba á su actitud una expresión tan humilde, tan devota, que hacía de ella una especie de estatua religiosa que me impresionó.

Según la costumbre de los curas de aldea, las víspereas debían cantarse algún tiempo después de la misa. Al salir de la iglesia, la señora de Chessel propuso á sus vecinos pasar en Frapesle las dos horas de espera, en vez de atravesar dos veces el Indre y la llanura con tanto calor. El ofrecimiento fué aceptado. El señor de Chessel dió el brazo á la duquesa, la señora de Chessel aceptó el del conde, y yo presenté el mío á la condesa, sintiendo por primera vez en mi costado aquel brazo tan fresco y tan hermoso.

Durante el trayecto desde la parroquia á Frapesle, trayecto que se hacía á través del bosque de Saché, cuyas frondas, interceptando la luz del sol, producían sobre la arena del camino sombras confusas, sentí un orgullo inexplicable y tuve ideas que me causaron violentas palpitaciones.

—¿Qué tiene usted?—me preguntó Enriqueta después

de un silencio que yo no osaba á romper.—Su corazón late violentamente.

—Han llegado á mi noticia sucesos felices para usted—contesté;—y, como los que aman de veras, he tenido temores vagos. Sus grandezas ¿perjudicarán acaso á sus afecciones?

—¡Bah! otra idea como esa, y no le despreciaré, le olvidaré para siempre.

La miré, dominado por una embriaguez que debió ser comunicativa.

—Nos aprovechamos del beneficio de leyes que no hemos provocado ni pedido, pero no seremos tacaños ni avaros; y además, bien sabe usted—repuso—que ni el señor de Mortsauf ni yo podemos salir de Cloche-gourde; así es que, por consejo mío, ha renunciado al mando á qué tenía derecho en la Casa Roja. Nos basta con que mi padre vuelva al ejercicio de su cargo; pero nuestra modestia forzada ha servido ya á nuestro hijo, porque el rey, al lado del cual está mi padre de servicio, ha dicho bondadosamente que haría recaer sobre Santiago el favor á que nosotros renunciamos. La educación de Santiago, de la que es preciso cuidar, es ahora objeto de serias discusiones, porque va á representar dos casas ilustres: la de Lenoncourt y la de Mortsauf. Yo no puedo tener ambición sino por él, y esto aumenta mis inquietudes, pues no solamente Santiago debe vivir, sino que debe también hacerse digno de su nombre; dos obligaciones que se contrarían. Hasta hoy he podido atender á su educación, subordinando el trabajo á la medida de sus fuerzas; pero ahora ¿cómo encontrar un preceptor que me convenga? Y luego, pa-

sado algún tiempo ¿qué amigo me lo conservará en ese horrible París, donde todo son lazos para el alma y peligros para el cuerpo? Amigo mío—me dijo con voz conmovida,—al ver su frente y sus ojos, ¿quién no adivinará en usted una de esas aves que deben vivir en las grandes alturas? Tome usted vuelo, y sea un día el padrino de mi querido hijo. Vaya usted á París; si su hermano y su padre no le secundan, nuestra familia, mi madre sobre todo, que tiene el genio de los negocios, le protegerá con su influencia; aprovechese de nuestro crédito y no le faltarán apoyo ni socorros en la carrera que elija; emplee lo superfluo de sus fuerzas en una noble ambición...

—La entiendo á usted—dije interrumpiéndole;—la ambición será mi querida: no tengo necesidad de eso para ser todo de usted. No quiero que recompense usted mi discreción aquí con favores allí. Iré á la corte y me elevaré solo, por mí mismo: de usted lo aceptaría todo; de los demás nada quiero.

—¡Niñerías!—murmuró disimulando mal una sonrisa de contento.

—Por otra parte—repuse,—me he consagrado á usted, y meditando sobre nuestra situación, he pensado ligarme á usted con lazos que jamás puedan romperse.

Estremecióse ligeramente y me miró con fijeza.

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó dejando que se adelantasen las dos parejas que nos precedían y reteniendo á sus hijos á su lado.

—Y bien—respondí,—dígame francamente cómo quiere que la ame.

—Ámeme usted como me amaba mi tía, cuyos de-

rechos le he dado al autorizarle para que me llamas con el nombre que ella había elegido entre los míos.

—La amaré, pues, sin esperanza, con una abnegación completa, y haré por usted lo que el hombre hace por Dios. ¿No me ha pedido eso? Voy á entrar en un seminario, saldré sacerdote y educaré á Santiago. Su hijo será como otro yo: concepciones políticas, paciencia, pensamientos, energía... todo se lo daré. De este modo permanecerá á su lado, sin que mi amor, protegido por la religión como una imagen de plata por un fanal, pueda ser sospechado. No tendrá que temer ninguno de esos arranques inmoderados que dominan á un hombre y por los cuales ya una vez me dejé vencer: me consumiré en su fuego, y consagraré á usted un amor purificado.

Enriqueta palideció y dijo:

—Félix, no se sujete usted con lazos que un día podrían ser un obstáculo para su felicidad: moriría de dolor si fuese la causa de ese suicidio. Además, niño, ¿acaso la desesperación del amor es una vocación? Espere usted las pruebas de la vida para juzgarla; lo quiero, lo mando. No se case ni con la Iglesia, ni con una mujer; no se case de ningún modo ¡se lo prohibo! permanezca libre. Tiene usted veintiún años y no sabe lo que le reserva el porvenir. ¡Dios mío! ¿acaso le he bre juzgado mal? Sin embargo, he creído que dos meses bastaban para conocer ciertas almas.

—¿Qué esperanzas tiene usted?—exclamé con los ojos brillantes de ansiedad.

—Amigo mío, acepte usted mi ayuda, elévese, haga fortuna, y sabrá cuál es mi esperanza. En fin—añadió

con un acento que parecía revelar un secreto,—jamás deje usted la mano de Magdalena, que ahora tiene en las suyas.

Se había inclinado hacia mi oído para decirme estas palabras, que probaban cuánto se ocupaba de mi porvenir.

—¡Magdalena!—exclamé —¡jamás!

Estas dos palabras nos sumieron en un silencio lleno de agitaciones. Nuestras almas estaban dominadas por esos estremecimientos que las conmueven dejando en ellas eternas huellas.

Estábamos ya á la vista de una puerta de madera que daba entrada al parque de Frapesle, y aun me parece ver sus dos pilastras arruinadas, cubiertas de plantas trepadoras, de musgos y de yedras. De pronto una idea, la de la muerte del conde, hirió como una luz mi inteligencia, y dije á la condesa:

—La comprendo á usted.

—Es una felicidad—repuso con un acento que me hizo ver que la suponía un pensamiento que no había tenido jamás.

Su pureza me arrancó una lágrima de admiración que hizo amargo el egoísmo del amor, y pensando luego en mí, me dije que no me amaba lo bastante para desear su libertad. En tanto que el amor retrocede ante un crimen, nos parece que tiene límites, y el amor debe ser infinito. El corazón oprimióseme de una manera dolorosa.

—¡No me ama!—pensé.

Y para no dejar que leyese en mi alma, besé á Magdalena en los cabellos.

—Tengo miedo de su madre de usted—dije á la condesa para reanudar la conversación.

—Yo también lo tengo—respondió Enriqueta haciendo un gesto de niña;—pero no olvide usted llamarle siempre señora duquesa y darle el tratamiento. La juventud actual ha perdido las costumbres de esas formas políticas; recuérdelas usted; hágalo por mí. Por otra parte, es de muy buen gusto respetar á las mujeres, sea cualquiera su edad, y reconocer las distinciones sociales sin someterlas á discusión. Los honores que rendimos á las superioridades establecidas, son una garantía de las que nosotros merecemos, porque en la sociedad todo es solidario. El cardenal de la Rovere y Rafael de Urbino eran en otro tiempo dos poderes igualmente respetados. En las universidades y en los liceos han mamado ustedes la leche de la revolución, y sus ideas políticas pueden tal vez resentirse de eso; pero avanzando en la vida, comprenderá usted que los principios de libertad mal definidos son impotentes para dar felicidad á los pueblos. Antes de pensar, en mi calidad de Lenoncourt, en lo que debe ser una aristocracia, un buen sentido de campesina me dijo que las sociedades no existen sino por la gerarquía. Está usted en un momento de la vida en que es preciso elegir bien... Sea de nuestro partido, sobre todo—añadió riendo—ahora que triunfa.

Me conmovieron vivamente estas palabras, cuya profundidad política se ocultaba bajo el calor del afectuosa alianza que da á las mujeres gran poder de seducción, porque saben prestar á los razonamientos más poderosas las formas del sentimiento. Parecía que, en su des-

de justificar las acciones del conde, Enriqueta había previsto las reflexiones que debían surgir en mi mente cuando vi por primera vez los efectos de las costumbres cortesanas. El señor de Mortsauf, rey de su castillo, rodeado de su aureola histórica, había tomado á mis ojos proporciones grandiosas, y confieso que me sorprendió singularmente la distancia que estableció entre la duquesa y él por medio de maneras obsequiosas. El esclavo tiene su vanidad, y no quiere obedecer sino al más grande de los déspotas: yo me sentía como humillado al ver el rebajamiento de aquel que me hacía temblar dominando todo mi amor. Este movimiento interior me hizo comprender el suplicio de esas mujeres cuyas almas generosas están unidas á la de un hombre cuyas cobardías y bajezas tienen que sepultar diariamente. El respeto es una barrera que protege igualmente al grande que al pequeño, y cada uno por su parte puede mirarse de frente. Fui respetuoso con la duquesa á causa de mi juventud, pero allí donde otros veían una duquesa, yo veía la madre de mi Enriqueta, y dí á mis homenajes una especie de santidad. Entramos en el gran patio de Frapesle, donde encontramos á nuestros compañeros. El conde de Mortsauf me presentó muy graciosamente á la duquesa, que me examinó con aire frío y reservado. La señora de Lenoncourt era entonces una mujer de cincuenta y seis años, perfectamente conservada y de maneras de gran señora. Viendo sus ojos de un azul duro, sus sienes surcadas de arrugas, su rostro seco y macerado, su estatura elevada é imponente, sus ademanes sobrios y su blancura lívida, reconocí la raza fría de que procedía mi madre, con

más prontitud que un mineralogista reconoce el hierro de Suecia. Su lenguaje era el de la antigua corte, y, por consiguiente, pronunciaba mal la mayor parte de las palabras. No fue cortesano ni grosero: me conduje tan bien, que, cuando íbamos á visperas, la condesa me dijo al oído:

—Está usted perfectamente.

El conde se dirigió hacia mí, me cogió de la mano y me dijo:

—¿Verdad que no estamos enfadados, Félix? Vamos, perdone las vivezas de su viejo camarada. Hoy comeremos probablemente aquí, y le convidaremos para el jueves, vispera de la marcha de la duquesa. Voy á Tours á terminar unos negocios. No se olvide de ir á Clochegourde, pues mi madre política es un conocimiento que le invito á que cultive; su salón dará el tono en el arrabal Saint-Germain; tiene las tradiciones de la antigua corte, posee una instrucción inmensa y conoce los blasones de todos los nobles de Europa.

El buen gusto del conde, tal vez los consejos de su buen genio doméstico, se dieron á conocer en la nueva situación en que lo colocaba el triunfo de su causa. No tuvo arrogancia, habló sin énfasis, y la duquesa no hizo alardes de aires protectores. Los señores de Chessy aceptaron la invitación para el jueves, yo agradecí á la duquesa, y sus miradas me dieron á conocer que examinaba en mí al hombre de quien su hija le había hablado. Cuando volvíamos de visperas, me habló de mi familia y me preguntó si el Vandenesse empleado en la diplomacia era pariente mío.

—Es mi hermano—le contesté.

Entonces me demostró algún efecto, y me dijo que mi tía, la vieja marquesa de Listomere, era una Grand-lieu. Sus maneras fueron políticas, como lo habían sido las del señor de Mortsauf el día que me vió por primera vez; su mirada perdió aquella expresión de altanería con que los príncipes de la tierra nos señalan la distancia que hay entre ellos y nosotros. Yo no sabía casi nada respecto á mi familia, y la duquesa me hizo saber que mi tío segundo, un viejo abate á quien no conocía ni aún de nombre, formaba parte del Consejo privado, que mi hermano había recibido un ascenso y, en fin, que mi padre, por un artículo de la Carta, que yo ignoraba por completo, volvía á ser marqués de Vandenesse.

—Yo no soy más que el siervo de Clochegourde—dije en voz baja á la condesa.

La restauración se realizaba con una rapidez que sorprendía á los jóvenes educados bajo el régimen imperial; pero esta revolución no era nada para mí. La menor palabra, el más pequeño gesto de la señora de Mortsauf eran los únicos acontecimientos á que yo daba importancia. Ignoraba lo que era el Consejo privado, no conocía nada de la política ni de las cosas del mundo, no tenía otra ambición que la de amar á Enriqueta mejor que Petrarca á Laura; esta ignorancia hizo que la duquesa me tomase por un niño. Aquel día hubo mucha gente en Frapesle, y nos reunimos treinta personas en la mesa. ¡Qué embriaguez tan dulce para un joven ver á la mujer que ama siendo la más bella entre todas, contemplada, objeto de miradas apasionadas, saber que él sólo recibe la casta luz de sus ojos

y conocer bastante las inflexiones de su voz para encontrar en su palabra, en apariencia ligera y festiva, las pruebas de un pensamiento constante, aun cuando sienta en el corazón celos devoradores por las distracciones de la sociedad! El conde, feliz por las atenciones de que era objeto, se mostró casi joven; su mujer esperaba algún cambio de carácter, y yo reía con Magdalena, que, semejante á los niños cuyo cuerpo sucumbe bajo las expansiones del alma, provocaba mi risa con observaciones sorprendentes, llenas de un talento burlón exento de malicia, pero que no perdonaba á nadie. Fué un hermoso día. Una palabra, una esperanza nacida por la mañana, fué bastante para dar luz á la naturaleza. Viéndome tan alegre, Enriqueta estaba alegre también.

—Esta felicidad en medio de su vida sombría y obscura me parece de buen agüero—me dijo el día siguiente.

Pasé el día siguiente en Clochegourde: había estado desterrado cinco días, y tenía sed de vida. El conde había partido á las seis, dirigiéndose á Tours para redactar sus contratos de compra. Entre la madre y la hija había surgido un grave motivo de discordia. La duquesa quería que Enriqueta la siguiera á París, prometiéndose á obtener para ella un cargo en la corte, donde el conde retirando su renuncia, podía ocupar un puesto elevado. Enriqueta, que pasaba por una mujer feliz, no quería descubrir á nadie, ni aún al corazón de una madre, sus horribles sufrimientos, ni revelar la incapacidad de su marido; y con objeto de que su madre no penetrase el secreto del hogar doméstico, había enviado al señor de Mortsauf á Tours, donde podía pelear

con las gentes de la curia. Sólo yo, como me había dicho, conocía los misterios de Clochegourde. Después de haber experimentado hasta qué punto el aire puro y el cielo azul de aquel valle calmaban las irritaciones del espíritu ó los intensos dolores de la enfermedad, y qué influencia ejercía la habitación de Clochegourde sobre la salud de sus hijos, Enriqueta oponía á las exigencias de su madre negativas fundadas, que combatía la duquesa, mujer envanecida, menos disgustada que humillada por el matrimonio de su hija. ¡Descubrimiento espantoso! Enriqueta comprendió al fin que su madre se cuidaba muy poco de Santiago y de Magdalena. Como todas las madres acostumbradas á continuar sobre la mujer casada la tiranía que ejercían sobre la joven soltera, la duquesa se apoyaba en consideraciones que no admitían réplica: tan pronto afectaba un cariño capcioso, á fin de arrancar un consentimiento á sus deseos, como empleaba una amarga frialdad para obtener por el temor lo que con dulzura no conseguía; después, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, desplegó el mismo espíritu de sangrienta ironía que tantas veces había observado en mi madre. En diez días, Enriqueta conoció todos los dolores que causan á las jóvenes esas rebeliones necesarias para establecer su independencia. Tú que tienes, por fortuna, la mejor de las madres, no puedes comprender esto. Para tener idea de esta lucha entre una mujer seca, fría, calculadora, ambiciosa, y su hija, llena de esa bondad fresca y dulce que jamás se agota, sería preciso suponer al lirio, á que mi corazón la ha comparado incesantemente, metido entre los rodajes de una máquina de acero bruñido. Aquella madre

no había tenido jamás la menor semejanza con su hija, y no supo adivinar ninguna de las verdaderas causas que la obligaban á no aprovecharse de las ventajas de la Restauración y á continuar su vida solitaria; creyó en algún amorcillo entre su hija y yo. Esta frase, de que se servía para expresar sus sospechas, abrió entre aquellas dos mujeres abismos que nada en adelante podía llenar. Aunque las familias sepulten cuidadosamente esas intolerables disidencias, penetrad en ellas, y encontraréis llagas profundas, incurables, que disminuyen los sentimientos naturales; ya pasiones reales y tiernísimas que la consecuencia de los caracteres hace eternas y que dan á la muerte un golpe cuyas señales son indelebiles, ó bien odios latentes que hielan lentamente el corazón y secan las lágrimas el día de las despedidas eternas. Atormentada ayer, atormentada hoy, herida por todos, aún por aquellos dos ángeles doloridos que no eran cómplices ni de los males que sufrían ni de los que causaban, ¿cómo aquella pobre alma no había de amar al que, no sólo no la lastimaba, sino que quería rodearla de un seto de espinas para defenderla de las borrascas, de todo contacto, de todo perjuicio? Si estos debates me hacían sufrir, á veces era feliz sintiendo que Enriqueta se refugiaba en mi corazón, puesto que me confiaba sus penas. Entonces puede apreciar su calma estoica en medio del dolor y la enérgica paciencia que sabía desplegar. Cada día comprendía mejor el sentido de estas palabras:

—Ámeme usted como me amaba mi tía.

—¿Usted no tiene ambición?—me dijo la duquesa, á la hora de la comida, con un tono duro.

—Señora—respondí lanzándole una mirada profunda, —me siento con fuerzas para dominar el mundo; pero no tengo más que veintiún años y estoy solo.

La duquesa miró á su hija con cierto asombro: creía que, por conservarme á su lado, extinguía en mí toda ambición. La estancia de la señora de Lenoncourt en Clochegourde fué para nosotros un verdadero tormento. La condesa me recomendaba el decoro, se asustaba de una palabra dicha con dulzura, y, por darle gusto, me vi obligado á disimular. Llegó el jueves, día de enojoso ceremonial, uno de esos días que odian los amantes acostumbrados al descuido de la vida diaria, pues el amor aborrece todo lo que á él no se refiere. Al fin la duquesa se fué á gozar de las pompas de la corte, y todo entró en orden en Clochegourde. Mi ligera disputa con el conde había dado por resultado hacerme penetrar más y más en la casa. Pude ir á cada momento sin excitar desconfianza, y los antecedentes de mi vida me hicieron ser como una planta trepadora para aquella hermosa alma que abría ante mí el mundo encantador de los sentimientos correspondientes. Á cada hora, de momento en momento, nuestro fraternal matrimonio, fundado en la confianza, se hizo más coherente, más íntimo; cada cual nos establecíamos en nuestra posición; la condesa me envolvía en la vivificadora protección de un amor completamente maternal, en tanto que mi pasión, seráfica en apariencia, se hacía lejos de ella ardiente como un hierro candente; la amaba con un doble amor que despuntaba una á una las mil flechas del deseo, lanzándolas al cielo, donde se perdían en un éter infranqueable. Si me preguntas por qué, jo-

ven y lleno de fogosos deseos, procuraba yo mantenerme en las abusivas creencias del amor platónico, te confesaré que no era aún bastante hombre para atormentar á aquella mujer, temerosa siempre de que una catástrofe le robase sus hijos, esperando siempre una tempestuosa variación del carácter de su marido, atormentada por él cuando no estaba afligida por la enfermedad de Santiago ó de Magdalena, ó sentada á la cabecera de la cama de uno de ellos cuando su marido le dejaba un momento de reposo. Una palabra demasiado viva quebrantaba su ser, un deseo la ofendía; para ella era preciso el amor velado, fuerza mezclada de ternura; en fin, lo que ella sentía hacia los demás. Á ti, á quien tanto amo, puedo decírtelo: esta situación traía consigo, por otra parte, encantadoras languideces, momentos de suavidad divina y satisfacciones seguidas de tácitos sacrificios. Su conciencia era contagiosa, su abnegación, sin recompensa terrestre, imponía por su persistencia, y aquella viva y secreta piedad que servía de lazo á sus demás virtudes, obraba en derredor suyo como un incienso espiritual. Además, yo era joven, bastante joven para concentrar mi naturaleza en el beso que tan pocas veces me permitió depositar en su mano, por más que me presentase siempre el dorso y jamás la palma, límite en que tal vez empezaba para ella la voluptuosidad del sensualismo. Nunca dos almas se han enlazado con más ardor, pero tampoco fué nunca el cuerpo más intrépidamente domado. En fin, más tarde reconocí la causa de esta felicidad. Á mi edad, ningún interés distraía mi corazón, ninguna ambición atravesaba el curso de aquel sentimiento desencadenado como

un torrente y que anulaba todos los demás afectos. Sí; más tarde amamos solamente la mujer en una mujer; en tanto que de la primera mujer amada lo amamos todo: sus hijos son los nuestros, su casa es la nuestra, sus intereses son los nuestros, su desgracia es nuestra desgracia mayor; amamos sus vestidos y sus muebles, sentimos más sus pérdidas que nuestra ruina, y nos enfadamos con las visitas que desordenan los adornos de su chimenea. Este santo amor nos hace vivir el uno en el otro, en tanto que más tarde ¡ay! atraemos una vida á nosotros, pidiendo á la mujer que enriquezca con la frescura de sus sentimientos nuestras facultades empobrecidas. Pronto fué de la casa, y experimenté por primera vez en mi vida una de esas dulzuras infinitas que son para el alma atormentada lo que un baño para el cuerpo fatigado: el alma entonces se siente refrescada hasta sus pliegues más profundos. Tú no puedes comprender esto: eres mujer y se trata de una felicidad que vosotras dais, sin recibirla nunca igual. Sólo un hombre conoce el placer dulcísimo de ser, en una casa extraña, el privilegiado del ángel de aquel hogar, y el centro secreto de sus afectos; los perros no le persiguen con sus ladridos, los criados reconocen, tan bien como los perros, las insignias ocultas que lleva, y los niños, para los cuales nada se ha falseado, que saben que su parte no disminuye jamás, que conocen su benevolencia y poseen su espíritu de adoración, le lisonjean y adoran, tienen para él esas dulces tiranías que reservan á los seres adorados, hacen gala de discreciones llenas de gracia, son cómplices inocentes, se acercan á él andando de puntillas, le sonríen y se van sin hacer ruido.

Las pasiones verdaderas parecen hermosas flores que dan tanto más placer cuanto más ingratos son los terrenos en que nacen; pero si alcancé los deliciosos beneficios de aquella naturalización en una familia en que se encontraba parientes del corazón mejores que los de la sangre, tuve también las cargas. Hasta entonces el señor de Mortsaufr se había contenido para mí, y no había visto sino las masas de sus defectos; pero bien pronto los conocí atentamente y con todos sus detalles, y vi cuán noblemente caritativa era la condesa al descubrirme sus luchas cotidianas. Conocí entonces todas las asperezas de aquel carácter intolerable, vi sus burlas continuas á propósito de nada, sus quejas de males imaginarios; comprendí aquel descontento innato que marchitaba su vida y aquella incesante necesidad tiránica que le hubiera hecho devorar cada año nuevas víctimas. Cuando paseábamos por la tarde, él era quien dirigía el paseo; pero, fuese el que fuese, lo encontraba siempre fastidioso, y, ya en casa, tachaba á los demás de causantes de su fatiga. Decía que su mujer tenía la culpa llevándole contra su gusto adónde ella quería ir, sin acordarse de que era él quien nos había guiado; se quejaba de que ella le gobernase hasta en los menores detalles de la vida, y añadía que no podía tener voluntad ni pensamiento propio y que era verdaderamente un cero á la izquierda en su casa. Si sus durezas encontraban un silencio paciente, se irritaba, viendo en él un límite á su poder; preguntaba bruscamente si la religión no mandaba á las mujeres complacer á sus maridos, si estaba en el orden despreciar al padre de sus hijos, y concluía siempre por atacar en su mujer una

cuenda sensible, experimentando, cuando conseguía herirla, un placer particular en aquellas nonadas de dominio. Algunas veces afectaba un mutismo sombrío, un abatimiento morboso que aterraba á su mujer, de quien recibía entonces los cuidados más tiernos. Semejante á esos niños voluntariosos que ejercen su poder sin cuidarse de las alarmas maternas, dejábase mimar como Santiago y Magdalena, de quienes estaba celoso. En fin, descubrí que lo mismo en las circunstancias más grandes que en las más pequeñas, el conde obraba con sus criados, con sus hijos y con su mujer de igual manera que conmigo en el juego del chaquete. El día que abracé en todas sus raíces y en todas sus dificultades las ramas aquellas que, semejantes á las lianas, ahogaban y oprimían los movimientos y la respiración de aquella familia, haciendo cada día más difícil el buen gobierno de la casa, retardando el acrecentamiento de la fortuna y complicando las acciones más sencillas y necesarias, sentí un espanto de admiración que dominó á mi amor, rechazándolo al fondo de mi corazón. ¿Qué era yo, Dios mío? Las lágrimas que había bebido engendraron en mí una embriaguez sublime y hallé una especie de felicidad en participar de los sufrimientos de aquella mujer. Me doblegué al despotismo del conde como un contrabandista se somete á pagar las multas, y desde entonces me ofrecí voluntariamente á los golpes del despota para estar más cerca de mi Enriqueta. La condesa me adivinó, me dejó tener un sitio á su lado y me recompensó permitiéndome tomar parte en sus dolores, como en otro tiempo el apóstata arrepentido, ganoso de volar al cielo con sus hermanos, obtuvo la gracia de morir en el circo.

—Sin usted, esta vida me hubiera matado—me dijo Enriqueta una tarde en que el conde había estado, como las moscas en verano, más picante, más mordaz y más cruel que de ordinario.

El conde se había acostado y Enriqueta y yo nos quedamos bajo las acacias durante las primeras horas de la noche: los niños jugaban á poca distancia, bañados por los rayos del sol poniente. Nuestras palabras raras y casi reducidas á exclamaciones, nos revelaban la semejanza de ideas mutuas con lo que nos reponíamos de nuestros comunes sufrimientos. Cuando las palabras faltaban, el silencio secundaba fielmente á nuestras almas, que, por decirlo así, entraban la una en la otra sin obstáculo, pero sin ser invitadas por el beso, saboreando ambas los encantos de un éxtasis pensativo, se aventuraban en las ondulaciones de un mismo sueño, se sumergían juntas en el río y salían de sus aguas frescas como dos ninfas, tan perfectamente unidas como los celos pudieran desear, pero sin ningún lazo terrestre. Nos arrojábamos en un abismo sin fondo, volviendo á la superficie con las manos vacías, y nos preguntábamos con una mirada:

—¿Tendremos entre tantos días uno solo nuestro?

Cuando la voluptuosidad nos cubre de flores nacidas sin raíces ¿por qué la carne murmura? Á pesar de la enervante poesía de la noche, que daba á los ladrillos de la balaustrada aquellos tonos anaranjados tan tranquilos y tan puros; á pesar de aquella religiosa atmósfera que nos comunicaba en sonos dulcísimos los gritos de dos niños, el deseo serpenteaba en nuestras venas como la señal de un fuego de alegría. Después de tres

meses, empezaba á no contentarme con la parte que me concedían, y acaricié dulcemente la mano de Enriqueta, tratando así de hacerle sentir el voluptuoso sensualismo que me abrasaba. Enriqueta volvió á ser la señora de Mortsaufl y me retiró su mano: algunas lágrimas brotaron de mis ojos; las vió, y me dirigió una mirada llena de dulzura llevando una mano á mis labios.

—Sabe usted—me dijo—que esto me cuesta lágrimas. La amistad que desea tan grandes favores es muy peligrosa.

No pude contenerme y estallé en reproches, haciendo valer mis sufrimientos y la pequeña recompensa que pedía por soportarlos. Me atreví á declararle que á mi edad, si los sentidos se reconcentraban en el alma, el alma tenía un sexo; que sabría morir, pero que no moriría con los labios callados. Enriqueta me impuso silencio lanzándome su altiva mirada, donde creí leer el: *Y yo ¿estoy sobre rosas?* del Cacique.

¡Ay! tal vez me engañaba de nuevo. Desde el día en que, ante la puerta de Frapesle, había supuesto en ella aquel pensamiento que hacía brotar de una tumba nuestra felicidad, tenía vergüenza de manchar su alma con los deseos de una pasión brutal. Tomó la palabra, y con voz dulcísima me dijo que no podía ser toda para mí, que yo ya lo sabía; y en el momento en que decía estas palabras, comprendí que, si obedecía á mi pasión, abriría entre nosotros abismos insondables. Bajé la cabeza, y ella continuó diciendo que tenía la certidumbre religiosa de poder amar á un hermano sin ofender á Dios ni á los hombres, y que experimentaba cierta dulzura haciendo de ese culto una imagen real del amor divino,

que, según aquel buen san Martín, es la vida del mundo. Si yo no podía ser para ella algo semejante á su viejo confesor, menos que un amante, pero más que un hermano, sería preciso que no volviésemos á vernos, y ella sabría morir llevando á Dios aquel exceso de vivos sufrimientos, soportados no sin lágrimas y heridas.

—Le he dado á usted—dijo al terminar—más de lo que debía, á fin de que no tuviese nada que tomar, ya estoy castigada.

Tuve que calmarla, prometiéndole no causarle jamás un dolor y amarla á los veinte años como amamos los viejos á su hijo último.

Al día siguiente fuí muy temprano. Enriqueta tenía flores para los vasos de su salón, y me lancé á los campos y á las viñas buscando flores para hacerle de ramilletes. Pero, cogiéndolas una á una, cortándolas por el pie, admirándolas, pensé que los colores y los follajes tienen una armonía, una poesía que habla á la inteligencia encantando la mirada, como las frases musicales despiertan mil recuerdos en los corazones amantes y amados. Si el calor es la luz organizada, ¿no debe tener un sentido, como las combinaciones del aire tienen el suyo? Ayudado por Santiago y Magdalena, felices los tres al preparar una sorpresa agradable para la que amábamos, empecé en los últimos escalones de la escalinata exterior, donde habíamos establecido el cuartel general de nuestras flores, dos ramilletes á los cuales intentaba dar un sentimiento. Figúrate una fuente de flores borbotando á borbotones de los vasos, cayendo en olas borbotadas, y del seno del cual se levantaban mil votos, figurados por rosas blancas que rodeaban un magnífico lirio

de cáliz de plata; sobre este fresco tejido brillaban las violetas, los myosotis, las viperinas, todas las flores azules cuyos celestes matices armonizaban tan bien con el blanco. ¿No era esto dos inocencias, la que no sabe nada y la que lo sabe todo, un pensamiento de niño y un pensamiento de mártir? El amor tenía su blasón, y la condesa lo descifró secretamente; dirigióme una de esas miradas incisivas que parecen el grito de un enfermo tocado en su herida; estaba á la vez vergonzosa y encantada. ¡Qué recompensa habría en aquella mirada! ¡hacerla feliz, refrescar su corazón!... ¡Cuánto valor! Apliqué, pues, al amor la teoría del padre Castel, y resucité para ella una ciencia perdida en Europa, donde las flores de la escritura reemplazan á las páginas escritas en Oriente con colores perfumados. ¡Qué delicia expresar sus sensaciones por medio de esas hijas del sol, hermanas de las flores abiertas bajo los rayos del amor! Pronto me entendí con las producciones de la flora campestre, como un hombre que más tarde conocí en Grandlieu se entendía con las abejas.

Dos veces por semana, durante el resto de mi permanencia en Frapesle, emprendí el largo trabajo de aquella obra poética, para la cual eran necesarias todas las variedades de gramíneas, de las que hice un estudio profundo, menos de botánico que de poeta, ocupándome más su espíritu que su forma. Para encontrar una flor allí donde nacía, con frecuencia íbame muy lejos, á orillas de los arroyos, al fondo de los valles, á la cima de las rocas, al medio de las llanuras; y en estas correrías llegué á iniciarme en placeres desconocidos para el sabio que vive en la meditación, para el agricultor ocupado

en sus cosechas, para el obrero clavado en las ciudades, para el comerciante sujeto á su mostrador, pero conocidos de algunos pastores, de algunos soñadores. Hay en la naturaleza efectos cuyas significaciones no tienen límites y que se elevan á la altura de las más grandes concepciones morales; ora un arbusto florido, cubierto de diamantes de rocío que le baña y con los cuales juega el sol, belleza inmensa dispuesta para una sola mirada; ora un pedazo de bosque rodeado de rocas ruinosas, vestido de musgo, guarnecido de yedra que se cultiva por no sé qué de salvaje y espantoso, y donde sale el graznido del quebrantahuesos; á veces una landa sin vegetación, pedregosa, cuyos horizontes se parecen á los del desierto y donde yo encuentro una flor magnífica y solitaria, imagen conmovedora de un blanco ídolo, sola en su valle; á veces, grandes extensiones de agua sobre las cuales arroja la naturaleza manchas de verdura, especie de transición entre la planta y el animal, donde llega la vida en algunos, donde flotan hierbas é insectos como flotan los mundos en el éter; ya es una cabaña con un jardín lleno de verdura, rodeado de algunos campos de centeno, simbolear de tantas humildes existencias; ya, en fin, es un descampado semejante á una nave de catedral, en que los árboles son pilares, en que las ramas forman los arcos de las bóvedas, y en lo alto de la cual una claridad lejana, matizada por los tintes rojizos del sol presente, parece la que penetra por los cristales de un coro lleno de pájaros que cantan. Después, al salir de este bosque fresco y frondoso, veréis un barbecho donde, sobre musgos ardientes y sonoros, unas culebras

hartas entran en su casa levantando sus cabezas elegantes y orgullosas. Poned en estos cuadros, ya torrentes de luz, bien nubes grises alineadas como las arrugas en la frente de un anciano, ó ya los tonos fríos de una tarde de otoño, y escuchad: oiréis armonías indefinibles en medio de un silencio que conmueve. Durante los meses de septiembre y octubre no hice un solo ramillete que no me costara tres horas de pesquisas; tanto admiraba, con el suave abandono de los poetas, esas fugitivas alegrías en que para mí se juntaban las fases más opuestas de la vida humana, majestuoso espectáculo que va á registrar ahora mi memoria. Hoy me sucede con frecuencia unir á estas grandes escenas el recuerdo del alma antes dilatada en la naturaleza; aun pasea para mí en ella la soberana cuyo vestido blanco ondeaba en los setos, flotaba sobre el césped, y cuyo pensamiento se alzaba como un fruto prometido de cada cáliz, lleno de estambres amorosos. Ninguna declaración, ninguna prueba de pasión insensata tuvo contagio más violento que aquellas sinfonías de flores en que mi deseo engañado me hacía desplegar los esfuerzos que Beethoven expresaba en sus notas, vueltas profundas sobre sí mismo, arranques prodigiosos hacia el cielo. La señora de Mortsau no era más que Enriqueta ante aquellas flores; comprendía todos los pensamientos que yo expresaba con ellas, y me sentía recompensado cuando, para recibirlas, alzaba la cabeza diciendo:

—¡Dios mío! ¡qué hermoso es esto!

Se comprende esta deliciosa correspondencia por el detalle de un ramillete, como se comprende á Saadí por un fragmento de poesía. ¿Has sentido en el campo,